

cuadernos

DESPIERTOS A MEDIA NOCHE



EXTRA

Dolores Aleixandre

DESPIERTOS A MEDIANOCHE

Dolores Aleixandre, rscj.

Conferencia pronunciada el 20 de noviembre de 2006
con motivo del 25 aniversario de Cristianisme i Justícia

DESPIERTOS A MEDIANOCHE	2
1. Jacob, el soñador (Gen 28, 12)	3
2. Jacob, el luchador	5
3. Jacob, el coincidente	7
4. Raquel, la insatisfecha	8
5. Raquel, la burlona	9
6. Raquel, la compasiva	11
RESPUESTAS DE CRISTIANISME I JUSTÍCIA	15

Lo más parecido al motivo por el que nos hemos reunido aquí esta tarde es una celebración de bodas de plata, algo así como: “25º aniversario del enlace entre Don Cristianismo y Doña Justicia”. Remontándonos al origen de su emparejamiento, podríamos afirmar que “El Cristianismo y la Justicia se besaron...”

Clicando en el Google de mi memoria bíblica, he buscado la primera pareja que se besó en la Biblia y, por aquello de lo interactivo, lanzo la pregunta al público: ¿Cuál fue la primera pareja de cuyo beso ha quedado constancia en la Biblia? Caso de no acertar con la respuesta, la ofrezco yo: Jacob y Raquel:

Jacob continuó su viaje hacia el país de los orientales. En campo abierto vio un pozo y tres rebaños de ovejas tumbadas cerca, pues los rebaños solían abrevar del pozo; la piedra que tapaba el pozo era grande, tanto que sólo cuando se reunían allí todos los pastores corrían la

piedra de la boca del pozo, abrevaban los rebaños y volvían a tapar el pozo poniendo la piedra en su sitio... Llegó Raquel con las ovejas de su padre, pues era pastora. Cuando Jacob vio a Raquel, hija de Labán, su tío, se acercó, corrió la piedra de la boca del pozo y abrevó las ovejas de Labán; después besó a Raquel y rompió a llorar (Gn 29,1-11).

Primer encuentro de la pareja. El narrador hace entrar en escena a aquella mujer fascinante que debió ser Raquel, con su cántaro a la cintura y su rebaño de ovejas, cimbreante y guapísima. No es de extrañar que Jacob se quedara fle-

chado por ella y que desde ese momento se le fuera detrás embobado, como una oveja más.

El nombre de ella significa Cordera y el de Jacob algo así como Suplantador, Liante, Embrollón (o Talonador, porque nació agarrando con la mano el talón de su gemelo Esaú). Lo del beso que le dio a Raquel es objeto de muchos comentarios rabínicos: “Todos los besos son indecentes excepto en tres casos: el beso de la grandeza, el beso del encuentro y el beso de la separación. R. Tanhuma añadió: Y también el beso del parentesco, pues está dicho: ‘Y besó Jacob a Raquel porque era su pariente’” (GenR.70, 12)¹.

¿Cómo es que Jacob, nuestro padre, uno de los patriarcas elegidos, se dejó influenciar por la belleza si “*engañosa es la belleza y vana la hermosura*” (Pr 31,30)? Es porque es sabido que nuestro padre Jacob acostumbraba a servir a Dios bajo el atributo de la Gloria y todo lo que había en él era un destello de esa Gloria. Por eso, aunque el recipiente fuera material, él elevaba ese glorioso destello a su Origen y servía a Dios con él. Por eso se dice: “*Y Jacob besó a Raquel... y ella era hermosa*”².

Oseas tendrá después una opinión fatal de estos amores y deja a Jacob muy mal parado comparándolo con Moisés:

“Huyó Jacob a la campiña de Aram, / sirvió Israel [Jacob] por una mujer, / por una mujer guardó rebaños”.

Mientras que:

“Por un profeta subió el Señor a Israel de Egipto, / y por un profeta fue guardado” (Os 12,13-14).

No coincido con el diagnóstico de Oseas y menos en esta ocasión porque, al recordar los relatos en torno a esta pareja, he encontrado coincidencias sorprendentes entre su historia y la de Cristianismo y Justicia. Vamos a recorrer las narraciones en torno a Jacob el *soñador*, el *luchador* en la noche y el *coincidente* y las de Raquel la *insatisfecha*, la *burlona* y la *compasiva*, y dejaremos que sean ellos mismos quienes nos planteen cuestionamientos y preguntas.

1. Jacob, el soñador (Gen 28, 12)

Partió, pues, Jacob de Berseba camino de Jarán. Llegado a cierto lugar, se dispuso a pasar allí la noche, porque ya el sol se había puesto. Tomó una piedra, se la puso de cabezal, y se acostó. Entonces tuvo un sueño: Veía una escala que, apoyándose en tierra, tocaba con su vértice el cielo. Por ella subían y bajaban los ángeles del Señor (...) Al despertar Jacob de su sueño, dijo: —Verdaderamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía. Y todo tembloroso añadió: —¡Qué terrible es este lugar! ¡Nada menos que la casa de Dios y la puerta del cielo! (Gn 28,10-17).

Jacob se pasaba la vida escapando y sólo cuando era de noche y se echaba a dormir podía Dios alcanzarlo. El sueño que tuvo aquella noche nos comunica una convicción que CJ ha aprendido muy bien: el mundo de Dios y el humano están en contacto y la escalera de comunicación con Él está plantada no en un templo, ni en un santuario, ni en un altozano o en cualquier otro lugar sa-

grado, sino allí donde los hombres y mujeres transitan, van de camino, descansan o se echan a dormir.

CJ ha nacido del sueño de plantar una escala que comunique y ponga en relación con “las cosas del cielo” lo más terreno de la tierra (la economía, el mercado, la deuda, el neoliberalismo, los impuestos, la ecología, las migraciones, las compañías farmacéuticas, las cárceles, el trabajo basura...). Del sueño de hacer una experiencia mística vivida y vivificante, de la praxis de una vida comprometida con los situados en los márgenes de la sociedad.

¿Cuál es el resultado, después de 25 años? Que por las escaleras que han ido plantando, suben y bajan, se encuentran y conversan, todo tipo de personas y grupos: Ellacuría con los niños de la calle, Lluís Espinal con los refugiados, Ignacio de Loyola con gitanos, Dorothy Day con un grupo de presos, Teilhard de Chardín con gente sin techo, Francisco Javier con Hassan el marroquí...

En un descansillo se improvisa un grupo de discusión sobre la globalización y en otro un pequeño simposio sobre si Dios es o no perfecto. Gente de Cuba y de África se saludan; habitantes de Irak, Sierra Leona y Kósovo se cuentan sus problemas; místicos sufíes conversan con Freud y Feuerbach; un grupo de obispos escuchan las opiniones de mujeres que se sienten cristianas y feministas; otros amonestan a González Faus sobre los peligros que entraña afirmar que los pobres son los vicarios de Cristo.

Y ese incesante tráfico de ángeles que circulan de arriba abajo y de abajo arriba, va consiguiendo que en mucha

gente se afiance más la convicción de que los *ángeles de bajada* no son una cuestión ética derivada de la fe en Dios y de la experiencia espiritual del creyente, sino un ingrediente esencial de esa experiencia de fe. Y que los *ángeles de subida* (Mística y relaciones humanas; Monacato y ascetismo; Creer en la noche oscura; El lenguaje de los místicos; Pedagogía de la oración...) no pretenden fascinar a los que se sienten perdidos en su secularidad, sino despertar inquietudes y señalar caminos de acceso al Dios de Jesús, que desemboquen en la mesa de la comensalía fraterna.

Si yo fuera Jacob os preguntaría:

Después de 25 años ¿cuáles son ahora vuestros sueños?

¿Cómo acogéis el límite de vuestro cansancio? Ese cansancio al que hacen alusión los *Versos del Capitán* de Neruda, cuando llega a casa “cansado de haber visto la tierra que no cambia...”. Y también la disminución de “efectivos” entre vosotros, el agobio de sentir que hay “muchas mies y pocos jornaleros” y que los años no perdonan...

Pero también: ¿os dais tiempo para “echaros a dormir”, como aquel hombre de la parábola de Mc 4? Jesús le pone como modelo de sabiduría a la hora de actuar y de intervenir: él “*siembra*” la semilla y, al final, “*mete la hoz*” cuando llega el momento de la siega; pero también sabe que hay un periodo de tiempo en el que a él no le toca hacer nada, sino que es la tierra la que “*por sí misma*” hace que la semilla germine y crezca y dé fruto. Y todo eso acontece “*sin que él sepa cómo*”, mientras él “*duerme y se*

levanta” tranquilamente, sin empeñarse en dirigir unos ritmos que escapan a su control.

En cualquier trabajo por el Reino tenemos la asignatura pendiente de discernir cuándo toca estar activos y diligentes en las tareas y cuándo pacientes y pasivos; cuándo es tiempo de arrimar el hombro y cuándo los otros agradecerían que nos quitásemos de en medio; cuándo la situación requiere estar vigilantes e intervenir, y cuándo lo único que podemos hacer es “echarnos a dormir”; cuándo toca analizar y detectar causas y cuándo encajar incapacidades e ignorancias y reconocer que no lo sabemos todo y que hay muchos *porqués* y *cómos* que se nos van a seguir escapando. Para aprobar esa asignatura tendríamos que hacer buenamente lo que está en nuestra mano, y luego quedarnos tranquilos sabiendo que el proceso que Dios mismo ha puesto en marcha, hará que la semilla continúe creciendo durante la noche, mientras nosotros dormimos.

Por eso la pregunta de Jacob el durmiente es esta: ¿Cómo vivís el ritmo entre *alternancia* y *continuidad*, entre la “vigilia activa” y ese abandono del “sueño” en que se descubren dimensiones que desbordan la propia acción?

2. Jacob, el luchador

Y habiéndose quedado Jacob sólo, estuvo luchando alguien con él hasta rayar la aurora. Pero viendo que no lograba vencerlo, le tocó en la articulación del fémur y se dislocó el fémur de Jacob, mientras luchaba con aquél. Éste le dijo: “Suéltame, que ha rayado el alba”. Jacob contestó: “No te dejaré, hasta que

no me hayas bendecido”. Le dijo el otro: “¿Cual es tu nombre?”. Respondió: “Jacob”. “En adelante no te llamarás más Jacob sino Israel, porque has sido fuerte contra Dios y a los hombres podrás”. Entonces Jacob le pidió: “Dime por favor tu nombre”. ¿Para qué me preguntas por mi nombre? Y allí mismo lo bendijo. Entonces Jacob llamó aquel lugar Penuel (cara de Dios), “Porque —dijo— he visto a Dios cara a cara, sin embargo mi vida ha quedado salva.” Salía el sol cuando Jacob pasó Penuel, pero él cojeaba del muslo (Gen 32, 25-32).

Otra vez es de noche, pero ahora Jacob ya no es el durmiente, abandonado y confiado, que acoge el límite de su cansancio, sino un Jacob desvelado y despierto, que pelea en medio de la oscuridad. Estamos ante un texto misterioso en el que encontramos palabras claves: *solo, noche, lucha, amanecer, nombre, bendición*.

“*Jacob se quedó solo*”: todo lo que posee, mujeres, hijos, siervas, ganado, todo aquello que era el fruto de la bendición que había arrancado con engaños a su padre ciego, lo ha dejado en la otra orilla y ahora se adentra solo en la noche y comienza aquella lucha con un personaje misterioso que al principio no habla. La oscuridad se hace aún más terrible cuando no hay palabras y cuando no es posible identificar a través de ellas al agresor. Pero Jacob no se rinde, continúa luchando hasta que consigue entrar en diálogo con el desconocido y hacerle hablar. Antes del amanecer, las palabras pronunciadas son la primera luz proyectada sobre la escena. Al combate sucede un intercambio de palabras

y en ellas Jacob reconoce a alguien capaz de bendecirle y de darle un nombre nuevo.

En el vado del Yabboq (hay un juego de palabras entre *Yabboq* y *Ya'aqov*), en la frontera entre el país “seguro y fiable” de la propia familia y la “tierra de Dios” y “tierra de paso”, donde se permanece siempre forastero, el hombre listo e intrigante, constructor y gestor de sí mismo, es sorprendido de noche por el Dios vivo; y finalmente tiene que afrontarlo solo y rendirse a Él, que le espera para bendecirlo. Y de esa lucha sale señalado para siempre, en el cuerpo y en el alma, con una identidad nueva, un nuevo “nombre”, “Israel”, un nombre en el que “reina la fuerza vencedora de Dios”.

E. Jünger, comentando este texto³, dice que es una historia para personas “agredidas” y “asaltadas”, una “bienaventuranza” veterotestamentaria, que declara dichoso a alguien que no está milagrosamente protegido, sino atrocemente maltratado por potencias oscuras. Y que, a pesar de estar medio paralizado, no abandona el combate hasta que le es concedido reconocer el rostro de Dios más allá del poderío de las tinieblas, precisamente en el momento en que amanecía.

El texto nos resuena con fuerza en un tiempo en que la decisión de seguir luchando contra las potencias oscuras (*males inconsolables*, en palabras de Miguel García Baró) sólo puede arraigar en lo que el propio García Baró llama la *esperanza absoluta*. Cito sus palabras: “Hay cristianismo real sólo cuando existen hombres que en el secreto de su intimidad se atreven a esperar de verdad lo imposible. De la misma

manera que no era posible que un ajusticiado con el suplicio del esclavo fuera resucitado por Dios mismo, en contra de la expectativa de los peritos en religión, de esa misma manera es imposible hoy que la tendencia destructiva de la historia se detenga y se invierta. Es imposible que los derrotados en tantos siglos de violencia sean rescatados y que su dolor no sólo se olvide, sino que se borre. Es imposible que lo ya sucedido sea aniquilado. Es imposible que los traicionados recuperen la confianza en la humanidad. Es, sobre todo, imposible y escandaloso que los pecadores vayan a ser convidados al banquete eterno del perdón y se sienten al lado de los justos sacrificados, aunque se les haya convocado a toda prisa, pasada la hora undécima. Es imposible que las oportunidades perdidas en todas las vidas se repitan, regresen, sean recuperadas. En definitiva, es imposible el reino de los cielos y no distinguimos con qué prudente política podríamos atraerlo a nuestra historia, tan real ella y tan macizamente posible. Justamente porque todo esto es imposible, lo esperamos en la actividad de una esperanza plena que tiene que ser también actividad incesante. Si creyéramos que lo imposible es posible, no sólo no miraríamos a los ojos al mal, sino que nos recostaríamos a esperar del combate entre los dioses del maniqueísmo una solución final para nuestra historia. Sólo una libertad asumida hasta las últimas consecuencias habla aún elocuentemente de Dios en medio de las ruinas”⁴.

Y esa esperanza absoluta pasa por seguir luchando en medio de la noche oscura hasta el despuntar de la aurora, y llo-

rar, vencer y pedir gracia, arrastrarnos y dejar caer toda arrogancia ante el insondable misterio del Nombre para dejarnos cambiar humildemente el nombre. Y este cambio no es sólo un reconocimiento de sujeción, sino también el descubrimiento de la propia identidad, nueva, misteriosa, la verdadera, que Otro nos revela. Delante de Dios, todo lo que hay en nosotros de autosuficiente, de arrogante, de pretensión de poder y de dominio, tiene que rendirse y dejarse “nombrar” y dominar amorosamente⁵.

Si yo fuera Jacob os preguntaría:

¿Cómo os las arregláis para seguir en el “cuerpo a cuerpo” de la lucha con Dios, cuando todo parece invitar hoy a desistir, a desentenderse y evadirse de los males inconsolables?

¿Qué estrategias relacionales utilizáis para, en ese “cuerpo a cuerpo”, llegar a tocar la existencia concreta de los pobres (su corporalidad, sus rostros, sus nombres, sus heridas...) y no sólo la pantalla del ordenador donde aparecen los datos y las estadísticas sobre su situación?

¿Cómo os situáis ante la acusación de que sois unos utópicos “soñadores de imposibles”?

¿Cómo nutris esa *esperanza absoluta* de la cual derivan un amor más allá de toda correspondencia y una confianza total en el futuro de Dios?

¿Qué heridas os hacen cojear?

3. Jacob, el coincidente

La historia de Jacob, desde el vientre de su madre, está marcada por el signo de una preferencia:

Isaac oró al Señor por su mujer, porque era estéril. El Señor lo escuchó, y su mujer, Rebeca, se quedó embarazada. Pero los niños se agitaban en su seno, y ella se dijo: “Si es así, ¿qué va a ser de mí?” Y fue a consultar al Señor. El Señor le respondió:

Dos naciones hay en tu seno; / dos pueblos se separan en tus entrañas; / uno será más fuerte que el otro, / y el mayor servirá al menor.

Cuando le llegó la hora del parto, resultó que eran gemelos. Salió el primero, rubio y todo él velludo como una pellicia, y le pusieron el nombre de Esaú. Después salió su hermano, agarrando con la mano el talón de Esaú, y lo llamaron Jacob. Crecieron los niños. Esaú llegó a ser un diestro cazador y un hombre de campo, mientras que Jacob era un hombre de tienda. Isaac prefería a Esaú, porque la caza era su plato preferido, mientras que Rebeca prefería a Jacob (Gen 25,21-28).

A pesar de esta preferencia de Dios por lo que es menos, revelada a Rebeca, y que acompaña a Jacob desde su nacimiento, los relatos sobre él lo presentan luchando con zancadillas y trampas por ocupar el primer puesto y apoderarse de la bendición destinada a su hermano mayor. Su comportamiento está siempre dirigido a ocupar el primer puesto, ser el mayor y estar por encima. Pero al final de su vida, ya muy anciano, encontramos por fin a un Jacob “coincidente” con Dios, vencido por sus insólitas preferencias, rendido a su extraña manera de juzgar y de elegir:

Comunicaron a José: —Tu padre está enfermo. Él tomó consigo a sus dos hi-

jos, Manases y Efraín. Le anunciaron a Jacob: —Mira, tu hijo José viene a verte. Israel hizo un esfuerzo y se sentó en la cama.(...) Cuando Israel vio a los dos hijos de José, preguntó: —¿Quiénes son éstos? José le respondió: —Son mis hijos, los que Dios me ha dado aquí. Y Jacob dijo: —Ten la bondad de acercarlos a mí, que quiero bendecirlos. Los ojos de Israel estaban tan apagados por la vejez que apenas podían ver. José se los acercó y él los abrazó y los besó. Luego Israel dijo a José: —No pensaba volver a verte, pero Dios me ha concedido ver incluso a tus descendientes. José los retiró de las rodillas de su padre y se postró en tierra. Después, los tomó a los dos, a Efraín con su derecha a la izquierda de Israel, y a Manasés con su izquierda a la derecha de Israel, y se los acercó así. Israel extendió su mano derecha y la puso sobre la cabeza de Efraín, que era el menor, y su izquierda sobre la cabeza de Manasés, cruzando a propósito las manos, a pesar de que Manasés era el mayor. Y los bendijo diciendo: “El Dios en cuya presencia caminaron mis antepasados Abraham e Isaac, el Dios que me ha guiado desde mi nacimiento hasta hoy, el ángel que me ha librado de todo mal, bendiga a estos muchachos, que se les llame con mi nombre, y con el de mis padres Abraham e Isaac; que crezcan y se multipliquen en la tierra”.

Al ver José que su padre ponía su mano derecha sobre la cabeza de Efraín, se disgustó, y tomó la mano de su padre para cambiarla de la cabeza de Efraín a la de Manasés, mientras le decía: —Así no, padre, el mayor es éste; pon tu mano derecha sobre su cabeza. Pero su padre se

opuso diciendo: —Lo sé, hijo mío, lo sé. También él llegará a ser un pueblo y será también grande; pero su hermano menor será mayor que él y su descendencia se convertirá en una muchedumbre de pueblos. Aquel día los bendijo Israel diciendo: —En vuestro nombre se bendecirá Israel, diciendo: Que Dios os bendiga como a Efraín y Manasés. Y puso a Efraín delante de Manasés (Gen 48, 2-20).

A Jacob le había costado la vida entera coincidir con las preferencias de Dios pero, por fin, había alcanzado esa “afinidad” con Él. Una larga existencia de contradicciones y discordancias, culmina en una identificación ya espontánea con Dios y sus caminos.

Si yo fuera Jacob os preguntaría:

¿Con qué espontaneidad se os “cruzan las manos” a la hora de preferir, valorar y escoger?

¿Cómo vais haciendo coincidir cada vez más los programas, publicaciones y cursos que diseñáis y la inclinación real de vuestro corazón y de vuestras vidas hacia aquellos que, como el Siervo, no tienen aspecto humano...?

4. Raquel, la insatisfecha

La figura de Raquel aparece bajo el signo de la esterilidad y, lo mismo que Sara y Rebeca, está marcada por el sello dramático de una situación que hacía comparable a la estéril con un muerto viviente, un ciego, un leproso o un pobre⁶. La vida en la Biblia no tiene sentido más que en referencia a la promesa de Dios a Abraham de que llegaría a ser

una gran nación y no vale más que abierta al infinito de las generaciones: por eso la esterilidad supone muerte y desolación. Una estéril lleva el signo del castigo de Dios por sus pecados y su situación la imposibilita para ser digna compañera de su marido.

Las mujeres estériles califican su situación con el término hebreo *'oni'*: *desgracia, desdicha*, que LXX traducirá casi siempre al griego como *tapeinosis* (no “humildad” sino “humillación”), uno de los términos más fuertes del vocabulario de pobreza del AT. Quizá por eso Raquel pide angustiada a Jacob: “*¡Dame hijos o me muero!*” y obtiene una respuesta irritada que revela a quién se atribuía el origen de toda fecundidad: “*¡Hago yo las veces de Dios para negarte el fruto del vientre?*” (Gen 30,1-2).

Las mujeres llamadas a gestar un pueblo para Dios fueron estériles y esto no supone una coincidencia casual, ni un detalle superfluo introducido en los textos. En la intuición de los autores, esta convergencia recobra un sentido profundo que toca el origen de la fecundidad: ellas dieron inicio al pueblo de Dios no *a pesar de* ser estériles, sino *a causa de* ello. Los textos las presentan usando todos los medios a su alcance para vencer la desgracia de su suerte: dan sus esclavas a sus maridos, lloran, ruegan, pelean, usan artimañas... pero en todas sus historias se pone de relieve que fueron arrancadas de su condición humillante gracias a la acción del mismo Dios porque, cuando terminan nuestras posibilidades, empiezan las suyas:

El Señor se acordó también de Raquel, la escuchó y la hizo fecunda. Concibió

ella y dio a luz un hijo, y exclamó: — Dios ha quitado mi afrenta. Lo llamó José, y añadió: —Que el Señor me dé todavía otro hijo (Gen 30,1; 31,1-2).

José significa en hebreo: “que el Señor añada” (otro hijo). Así que José debió crecer con la sensación de estar incompleto, de “no ser bastante”, de tener que estar pendiente de que llegara otro hermano. Por eso, la insatisfacción que caracteriza a Raquel es su negativa existencial a conformarse, a instalarse, a dejar de desear algo más.

Si yo fuera Raquel os preguntaría:

¿Cómo os mantenéis en la brecha de lo inacabado y lo incompleto y en la memoria de continuar siendo “inquietos de lo penúltimo”?

¿Cómo os precavéis de la tentación de autosatisfacción?

Los nombres de vuestros hijos ¿son “José” o “Dayan” (ser suficiente...)?

¿Cómo cultiváis la memoria de que vuestros logros y aciertos, que son muchos, los recibís como un “don de fecundidad” y no como una conquista de vuestra propia eficiencia?

5. Raquel, la burlona

Toda la saga de Jacob es un relato chispeante de humor, empezando por el narrador y siguiendo por sus personajes:

— Jacob se burla de su hermano Esaú y le roba la primogenitura (Gn 25,29); se burla de su padre y lo engaña haciéndose pasar por Esaú (Gn 27); se burla de los pastores que estaban al borde del pozo retirando él solo la piedra (Gn 29,1-10); se burla de Labán, su sue-

gro, con trucos mágicos para conseguir que sus propias ovejas fueran más numerosas (Gn 30,25-43).

— Labán, por su parte, se burla de él dándole como mujer a Lía y no a Raquel: “*No es costumbre entre nosotros dar a la menor antes que a la mayor...*” (Gn 29,24-26).

— Las dos hermanas se ríen de Jacob:

Salió Rubén en el tiempo de la siega del trigo, encontró en el campo mandrágoras, y se las trajo a su madre Lía. Y Raquel dijo a Lía: —Dame, por favor, las mandrágoras de tu hijo. Ella contestó: —¿Te parece poco haberme quitado a mi marido, que me quieres quitar también las mandrágoras de mi hijo? Raquel dijo: —Bueno, que duerma contigo esta noche a cambio de las mandrágoras de tu hijo. A la tarde, cuando Jacob volvía del campo, salió Lía a su encuentro y le dijo: —Tienes que dormir conmigo, pues te he alquilado por unas mandrágoras de mi hijo. Y él durmió con ella aquella noche (Gn 30,14-16).

— Finalmente, Raquel se burla de su padre y de los ídolos que él veneraba:

Mientras Labán se había ido a esquilarse sus ovejas, Raquel robó los ídolos familiares de su padre. Jacob engañó a Labán, el arameo, no descubriéndole su intención de huir; y huyó con todo lo que tenía. (...) Labán alcanzó a Jacob y le dijo: —¿Qué es lo que has hecho? Me has engañado y te has llevado mis hijas como si fueran cautivas de guerra. (...) Y si te vas porque añoras la casa de tu padre, ¿por qué me has robado mis dioses? (...) Labán entró en la tienda de Jacob, luego en la de Lía y en las de las cria-

das, pero no encontró nada. De la tienda de Lía pasó a la de Raquel. Pero ésta había tomado los ídolos, los había escondido en la montura del camello y estaba sentada encima de ellos. Rebuscó Labán por toda la tienda, pero no los encontró. Raquel le dijo: —No se enfada mi señor si no puedo levantarme, es que tengo la menstruación. El buscó y rebuscó, pero no pudo encontrar sus ídolos. (Gn 31,19-35)⁷.

El relato destila un finísimo humor, ese humor que restablece las auténticas dimensiones de lo humano y de sus pretensiones, proporcionando el sentido de la relatividad y concediendo a cada cosa la importancia que se merece. Gracias a él, los ídolos robados aparecen como símbolos de abominación y a la vez como dioses ridículos, incapaces de defenderse ante una mujer con su regla.

Dice Jose M^a Cabodevilla: “el humor no destruye nada, sólo des-construye, desmonta, pone al descubierto lo mucho que en teología hay de ingenio mecánico. Posee la medida de lo relativo porque impide confundir a Dios con nuestra idea acerca de él, denuncia los disfraces con que a veces el lenguaje teológico intenta cubrir la desnudez del entendimiento humano frente a Dios. La fórmula del humor sería: un 10 % de lucidez para percatarse de ese 90 % de impotencia”⁸.

Si yo fuera Raquel os preguntaría:

¿Cómo cultiváis el humor y esa lucidez que salva al impedir que confundamos a Dios con nuestras ideas acerca de Él?

En medio de tanto trabajo, tantas preocupaciones y tanta lucha ¿encontráis espacios y tiempos para esas dos únicas cosas (el juego y la risa) que, según el midras, fueron las únicas que Adán y Eva pudieron sacar del jardín?

¿Estáis atentos para no tomaros demasiado en serio a vosotros mismos y para reiros de los ídolos de las certezas apodócticas, las adhesiones inquebrantables y los principios inmutables?

6. Raquel, la compasiva

Las últimas noticias sobre Raquel son dramáticas:

Partieron de Betel. Cuando quedaba un trecho de camino para llegar a Efrata, tuvo que dar a luz Raquel, en un parto que fue muy penoso. Y entre las angustias del parto le decía la partera: —Ánimo, que también esta vez vas a tener un hijo. En su último suspiro, cuando estaba para expirar, lo llamó Benoní—es decir, Hijo de mi desdicha—, pero su padre lo llamó Benjamín—es decir, Hijo de mi buena suerte—. Murió Raquel y fue sepultada en el camino de Efrata, que es Belén. Jacob levantó una estela sobre su sepulcro; es la estela del sepulcro de Raquel, que todavía existe hoy (Gn 35,16-19).

Más adelante, Jeremías pronunciará un oráculo presentando a Raquel, la madre del pueblo de Israel, como a una mujer que, aunque muerta, sigue viva para llorar a sus hijos que van camino del exilio:

Dice el Señor: / En Ramá se escuchan gemidos, llanto amargo: / es Raquel, que llora por sus hijos, y rehúsa el consuelo

porque no viven. / Por eso, así dice el Señor: / Reprime tu voz del lloro y tus ojos del llanto, / porque hay recompensa para tu trabajo / — oráculo del Señor—, / y volverán del país enemigo. / Hay esperanza para tu futuro / —oráculo del Señor— / regresarán tus hijos a su territorio (Jer 31,15-17).

La mujer que murió en el momento del nacimiento de su segundo hijo, Benjamín, y fue enterrada en Efrata, es como si diera la vida dos veces: se la dio a su hijo a costa de la suya y sigue dando vida a sus descendientes gracias a su compasión por ellos. Jeremías se sirve de su figura para afirmar con certeza que el pueblo vivirá⁹.

El Zohar pregunta: “Cuando llegue el Mesías ¿por dónde pasará? La Escritura responde: ‘por un camino’ (Dt 22,6), lo cual es una alusión a la tumba de Raquel, que se encuentra en una bifurcación de caminos. Y el Mesías irá a consolarla. Ella no quiso recibir las consolaciones del Santo, bendito sea, pero recibirá los consuelos del Mesías, se levantará y lo abrazará. Y la luz inundará entonces el mundo, empezando por Jericó”¹⁰.

Menahem (“consolador”) es uno de los nombres del Mesías que, como el Siervo de Isaías 53, carga con los sufrimientos humanos y lleva hasta la humillación, el oprobio y la muerte, todo peso y todo dolor. Así es Raquel, inconsolable ante el dolor de sus hijos y no aceptando consolación más que del Mesías mismo. La tradición judía compara a Raquel con la Sekinah que “es la verdadera Raquel que llora a sus hijos”. Es ella la que colmó la laguna creada por la desaparición de Raquel y permanece unida a la familia de Israel¹¹.

El Talmud asocia las lágrimas de Raquel a las lágrimas de Dios que caen en el mar cuando se acuerda de sus hijos que viven en el exilio, oprimidos en medio de las naciones¹². Esas lágrimas, al caer, producen un ruido que se oye hasta los confines de la tierra, como un terremoto. Y durante las tres vigiliass de la noche el Santo, bendito sea, grita y rugge como un león para expresar su desgarramiento ante la suerte de sus hijos. (Berakot, 59^a y 3^a).

Esta imagen da origen en el s. XI a la liturgia del *tiqqun Hatzot*, la reparación de medianoche. En palabras de Catherine Chaliier: “Si Dios llora a medianoche ¿no es deber nuestro estar despiertos a esa hora y llorar con Él y por Él? Esas dos lamentaciones, la suya y la nuestra, son la expresión de una comunidad humano-divina en la vigilia, y el descubrimiento de esta capacidad de estar en vela junto a Dios en medio de las grandes tinieblas, abre un espacio de disidencia en medio de la connivencia fatal con los poderes del mal. Aquel que está conmovido por el dolor divino y se mantiene despierto a causa de Sus lágrimas, unas lágrimas inaudibles en medio del estruendo del mundo, permanece atento y en contacto con aquello que, en lo más secreto de sí mismo, le habla de una realidad que le desborda y experimenta de nuevo cómo el soplo de Dios transforma el polvo en “alma viviente”, como en el relato de Génesis. Y por eso el llanto de Raquel que llora por el destino de sus hijos, está atravesado por la esperanza”¹³.

Otra tradición judía llama a las “*aguas de abajo*” del relato de Génesis “aguas que lloran”, porque están mez-

cladas con escorias del mal que brota del *tohu-bohu*. La tarea humana en medio de un mundo violentado por esos poderes maléficoss, consiste en prestar oído a esas aguas que lloran a fin de elevarlas hacia la santidad. Paradójicamente, es al hombre a quien incumbe la tarea de “ayudar y dar fuerza a Dios”, impotente para transmitir toda su luz a la creación y afligido por el exilio de su Sekinah (Dios en su inmanencia) en el interior del mundo de esas escorias.

Un rabino que vivió en el ghetto de Varsovia, enseñaba en lo más hondo del desastre que Dios es la fuente única de la creación (incluso del *tohu-bohu*), pero que no puede con su aliento y su palabra someter esa energía rebelde sin el consentimiento de los hombres. Por eso, quien se acerca a Él no encuentra serenidad y descanso, sino el don de las lágrimas¹⁴.

Esta relación entre com-pasión (lágrimas) y obras (“ayudar a Dios”) aparece reflejada en el texto de Jeremías que presenta a Raquel no sólo “llorando” sino “trabajando”: *Hay recompensa para tu trabajo (pe'ulatek)* (31,17).

Podemos preguntarnos si esa “recompensa” otorgada al “trabajo” que acompaña a las lágrimas irá en la dirección a la que apunta el Sal 126: “*los que siembran con lágrimas cosechan con júbilo*”, es decir, a la desaparición y sustitución de las lágrimas por la alegría. La convicción de Jeremías es diferente: Raquel *rehusa el consuelo*, no acepta un alivio que sosiegue su dolor, sino que exige a Dios una redención absoluta que devuelva la vida a sus hijos perdidos. Y es precisamente ese desconsuelo que rechaza un contentamiento parcial y pro-

visorio, lo que parece hacer reaccionar a Dios y le hace prometer recompensa y esperanza.

Sería, por tanto, a esas lágrimas inconsolables que conducen a la acción y al trabajo, a las que se promete esa “esperanza absoluta” de la que habla García Baró, y el consuelo consistiría en que el corazón, sin dejar atrás su quebrantamiento, se vería visitado y habitado por una alegría que hace descender sobre la existencia un soplo de la vida divina. Pero, lejos de dejar satisfacción, ese descenso agudiza la herida del corazón porque lo que anuncia continúa siendo inalcanzable e inaprehensible para nosotros. Dios no colma ningún vacío: orienta nuestro deseo más allá de lo que somos capaces de vislumbrar por nosotros mismos. A través de esa alegría fugitiva, Dios deja entrever que la proximidad de Su vida es la verdadera respuesta a lo que espera nuestro deseo¹⁵.

Si yo fuera Raquel os preguntaría:

¿Contáis con los “dolores del parto” como algo natural que trae siempre consigo alumbrar vida?

¿Cuidáis y transmitís el convencimiento de que es la capacidad de sufrir con otros lo que permite percibir aquella verdad que queda ordinariamente fuera de nuestro alcance? Y eso a sabiendas de que esa postura resultará siempre herética para quienes siguen defendiendo el “dogma” pseudoteológico de la necesidad de privilegiar la lucidez sobre la emoción, porque ésta vuel-

ve inciertas las fronteras entre uno mismo y los otros, introduce en un vértigo peligroso y distorsiona la correcta percepción de las cosas...

Entre las muchas maneras de vivir el cristianismo, la que a vosotros (y a muchos a través de vosotros) os ha caído en suerte es la de permanecer despiertos en medio de la noche para escuchar “el rugido de Dios” ante la injusticia. ¿Cómo os apoyáis unos a otros y os dejáis apoyar para seguir permaneciendo en esa vigilia y dejando que sea la compasión la que os sostenga en ese trabajo de “ayudar a Dios”?

Termino recordando una observación preciosa del narrador que se adentra en los sentimientos de Jacob en el tiempo de su espera por conseguir a la mujer que amaba: “*Sirvió Jacob gratis por Raquel siete años y le parecieron días por el gran amor que sentía por ella*” (Gen 29,20).

Lleváis 25 años trabajando por unir el Cristianismo con la Justicia, esa justicia a la que el Señor, cuyo nombre llevamos, ama con un amor apasionado.

Ojalá os parezcan también “días” los esfuerzos de vuestro servicio gratuito, de vuestro permanecer despiertos a medianoche, con tal de llegar a poseerla.

1. *Midrash Rabbah*, Vol.I, p. 645.
2. Menachem M.BRAYER, *The Jewish Woman in Rabbinic Literature. A Psychosocial perspective*, New Jersey 1986, p.37.
3. “La lutte avec Dieu. Au gué du Yabbok. Gen 32,23-32”: *Christus* 138, Abril 1988 p.243-253.
4. “El silencio sobre Dios en la cultura actual”: *Corintios XIII* n° 116, Octubre-Diciembre 2005, pp. 113-132.
5. Cf. F. ROSSI DE GASPERIS, *Prende il Libro e mangia! De la creazione alla Terra Promessa*, Bologna 1998, pp.58-77.
6. “El Nombre Santo jamás se establece en un lugar defectuoso. Ven y ve: el hombre que no deja hijos en este mundo, cuando sale de él no puede adherirse al Nombre Santo y no atraviesa el velo porque es defectuoso e incompleto” *Zohar*, Trad. C. MOPSIK, Verdier 1981, p.235.
7. “El Santo, bendito sea, no quiso crear a la mujer (...) del corazón para que no fuera propensa a los celos y sin embargo lo es: “Raquel tuvo celos de su hermana” (Gen 30,1); ni de la mano para que no fuera ladrona, pero “Raquel robó los amuletos” (Gen 31,19) (GenR.80,5). “Raquel había robado los amuletos, los había escondido en una montura de camello y estaba sentada encima” (Gen 31,34). R.Yohanan decía: “No pudo encontrar los amuletos y en lugar de ellos encontró los vasos en los que habían sido transformados” (GenR. 74,9).
8. *La jirafa tiene ideas muy elevadas. Para un estudio cristiano del humor*, Madrid 1989,p.65.
9. “¿Por qué razón enterró Jacob a Raquel en el camino de Efrata? Porque sabía que los exilados pasarían por allí y ella podría interceder por ellos. Por eso está escrito: “Es Raquel que llora por sus hijos... Esto dice el Señor: deja ya de gemir, no sigas llorando, porque tus obras encontrarán recompensa” (Jer 31,15-16) (GenR.82,10).
10. *Zohar*, o.c.127.
11. Cf. G. SCHOLEM, *Les Grands Courants de la Mystique Juive*, Paris 1994, 246.
12. Según el libro de los Jueces, el Señor “ya no pudo resistir más tiempo la desdicha de Israel”(10,6).
13. Cf. Catherine CHALIER, *Traité des larmes. Fragilité de Dieu, fragilité de l'âme*, Paris 2003, p.48-50.
14. *The Holy Fire, The Teachings of R. Kalonymus Kalman Saphiro, the Rebbe of the Warsaw Ghetto, (1889-1943)*, Northwhale, New Jersey, Londres 1994, p.142. (Citado por C. CHALIER, o.c.36).
15. Cf. Catherine CHALIER, o.c. pp.48-55; 177-193.

Dolores no sólo nos dio ánimos y consejos. Nos exhortó al humor que “no destruye sino que descubre”, y nos gustaría hacerle caso al menos en este punto. Porque también (y quizá anticipando ese ministerio eclesial de la mujer que algún día acabará por llegar) nos hizo una serie de preguntas como solían hacer los confesores en nuestra juventud. Ello nos obliga a confesarnos un poco antes de terminar, respondiendo a esas preguntas.

¿Soñamos como Jacob? Nuestro sueño más elemental es el más difícil: que todos los seres humanos puedan comer tres veces al día. Que alguna autoridad eclesiástica escribiera un documento que diga como san Pablo a los Gálatas: “si alguien, aunque fuera un ángel o un papa, os anuncia otro evangelio donde Dios no es un Dios de los pobres, tenedlo por proscrito”. En un plan más modesto: llegar a los cien mil ejemplares de tirada, y tener más economistas en nuestro equipo.

El ritmo entre alternancia y continuidad lo vivimos mal, para qué nos vamos a engañar. La necesidad de nuevos lenguajes ya la percibimos: pero la importancia de que esos lenguajes que han de ser nuevos no esterilicen lo que deben transmitir y sólo transmitan la vieja resignación de siempre, o que no nos metan en la trampa de los que tratan de desmontar los estados del bienestar di-

ciendo que sólo quieren transformarlos y salvaguardarlos... eso exige un esfuerzo que ni los entrenamientos del Barça...

El lamento de Neruda que citaba Dolores (“cansado de haber visto la tierra que no cambia”), nos permite retomar “a lo divino” (que decía Juan de Yepes) la misma respuesta que se daba el poeta: “pero al entrar Tu Risa, sube al cielo y me llama y abre para mí todas las puertas de la vida”. Esa sonrisa del cielo nos ha dado fuerzas y nos obliga.

Nos obliga, por ejemplo, a tomar más en serio de lo que solemos hacerlo este Midrash que alguien hizo sobre el pasaje evangélico de la mujer adúltera:

Le presentaron a Jesús a una humanidad sorprendida en flagrante infidelidad, y le preguntaron: “la justicia manda eliminar a las tales. Tú ¿qué dices?”. Jesús contestó aquello de: “el que de vosotros está sin pecado que le tire la primera piedra”. Y los acusadores se fueron retirando comenzando por los más viejos. Entre esos estábamos nosotros.

Pero mientras se retiraban, Jesús les gritó: “no os marchéis. Que yo a vosotros no os condeno”. Entonces los acusadores fueron volviendo sin sus piedras, y le dijeron a Jesús: “Maestro, si tú no nos condenas, tampoco nosotros la condenamos a ella”. Y Jesús se volvió a

la mujer y le dijo: si éstos no te condenan, tampoco te voy a condenar yo”.

Nos sabemos unos perdonados y es así como quisiéramos luchar por la justicia: como unos perdonados.

Nos acusamos de no saber hacerlo siempre. Pero a la vez debemos acusarnos de que no siempre sabemos cruzar las manos y poner a Efraím por delante de Manasés. No está bien en las confesiones decir algo en defensa propia pero, al menos, quisiéramos mostrar la dificultad que encontramos para ello. En la obra-antología *Vicarios de Cristo: los pobres*, se cita en el prólogo un proverbio, se dice que japonés: “es inútil hablar con aquellos que no han comido su pan con lágrimas”. Pues bien: ante la inaudita crueldad de este mundo, pensamos a veces que deberíamos levantar más la voz y que nuestra palabra debería ser más dura. Otras veces tememos gritar demasiado fuerte y sonreír demasiado poco. A ratos, nos acusamos de soflamáticos. Pero otras veces de “soflemáticos”... En este contexto, una tentación de autosuficiencia sería como la del médico que se siente satisfecho de sí mismo por haber dado una aspirina a un enfermo de sida.

¿Estrategias relacionales? Seguramente hemos descuidado algo que nos habíamos propuesto muchas veces: que quienes forman nuestro equipo pasen directa e inmediatamente por la experiencia de las víctimas y el contacto inmediato con ellas. Ojalá este propósito fuera el broche de nuestras bodas de plata.

Ojalá cumpliéramos también algo mejor lo que tanto deseamos: que las relaciones entre nosotros, en el equipo y

en aquellos que trabajan más día a día, sean relaciones de plena confianza y cordialidad. Ojalá supiéramos hacer que los que trabajan con nosotros y para nosotros estén alegres no sólo porque la causa a la que sirven vale la pena, sino porque se sienten bien tratados. Y, finalmente, podemos añadir: ojalá sepamos ampliar nuestra red de trabajo e ilusión por la justicia, uniéndonos y colaborando con los otros que han sido también contagiados por la misma pasión, la pasión de los que lloran con Dios y trabajan con Él para que el mundo sea más según su deseo.

Sabemos que es necesario reírnos de nuestras ‘convicciones apodícticas’ que a veces idolatramos. Pero nos es difícil porque, como Sara, debemos comenzar por reírnos de la ‘convicción apodíctica’ de que “no hay nada que hacer”. Como bien dice Dolores, hay “una *esperanza absoluta* de la cual derivan un amor más allá de toda correspondencia y una confianza total en el futuro de Dios”. Y el secreto de esta *esperanza absoluta* se descubre no cuando uno mira las estadísticas y los datos en el ordenador, sino cuando uno sale al encuentro de esos hermanos concretos heridos por un mundo que hiere a muchos; se descubre cuando uno tiene el *corazón lleno de sus nombres* (como diría Casaldàliga), y descubre sus luchas y sus esperanzas inquebrantables.

Algo así formaría parte de nuestra confesión que debe terminar a lo clásico: “y a usted, Madre, penitencia y absolución”. Que Quien nos llama y envía nos dé la fuerza “para seguir luchando en medio de la noche oscura hasta el despuntar de la aurora”.